

# EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

## GRAN BARATO DE CALZADO

— DE —

**ANTONIO PEREZ**

PLAZA DE SAN PEDRO 7 Y 8 FRENTE A LA IGLESIA

Antes de comprar calzado visitad este antiguo y acreditado establecimiento, donde se han recibido las novedades en zapatos de señora para la presente temporada.

Calzado de caballero, clase superior, precios increíbles. Los de lona desde 10 reales en adelante.

Zapatos lona, bebé, para señora, á seis reales; y botas, también de lona, y en toda clase de colores, á 8 reales.

PLAZA DE SAN PEDRO 7 Y 8, FRENTE A LA IGLESIA

## AL DIA

### LA CRUZ DE MAYO.

¡La Cruz! Ese símbolo divino de la redención del hombre, ese recuerdo de los grandes misterios, es hoy objeto de la adoración de la Iglesia Católica, que al celebrar su «invención», entona cánticos de alegría.

Si los esfuerzos de la iniquidad lograron ocultar, por espacio de tres siglos, el lecho de muerte de un Dios, el heroísmo, la virtud y la fé ensayaron sus fuerzas, y venciendo obstáculos descubrieron por fin la cuna de la vida de la humanidad.

La Cruz que se levantó en la cumbre del Gólgota como emblema de ignominia, se convierte en trono de la divinidad; la Cruz, que los hombres miraban como instrumento de su justicia, es hoy el símbolo de su misericordia; la Cruz, que antes fuera el castigo de los crimenes, es ya el galardón de la virtud; la que antes era patíbulo de delinquentes, se transforma en era de adoración.

El orgullo del hombre, violando los preceptos, alarga su mano para tomar del árbol de la vida el nectar de la inmortalidad; y la humildad del Hijo de Dios extiende las suyas en el leño de la muerte para reconquistar, obedeciendo, la vida que el hombre perdió prevaricando.

El hombre intenta en el Paraiso hacerse igual á Dios, y Dios se somete en el Gólgota á la ley de las criaturas; el hombre opone á su Dios la fuerza del orgullo, y Dios enseña á los hombres la resignación y la humildad.

La Cruz se levanta como mediadora entre las iras de Dios y

los pecados del mundo; la Cruz reconcilia la humanidad con la Divinidad; de la Cruz salen á raudales las aguas de la purificación, y la Cruz, tinta en sangre de la inocencia, es el templo donde se hace la redención. Desde entonces se humilla el mundo para adorar lo que antes escarnecía; desde entonces cesa el influjo de la fuerza y surge el imperio de la razón, desde entonces se convierte en signo de honorífica distinción lo que antes era padron de ignominia. Y los Reyes y los Emperadores la engastan en sus coronas, y las legiones y los ejércitos deponen sus águilas y sus emblemas supersticiosos para alzarla como paladion de sus libertades y signo de sus glorias; y los valientes, los caballeros y los héroes, la ostentan en sus pechos, como escudo y preservativo de los tiros y asechanzas de sus enemigos.

Las falsas religiones antiguas ensayaban el hierro y el fuego para sostener sus errores y extravíos; para poner su aceptación, la religión de Cristo se arma con la Cruz; aquellos enviaban sus turbas y falanges para imponer la religión de los crimenes; ésta se vale de los misioneros para inspirar el amor á la virtud; aquéllas marchaban al grito de «guerra» á la voz de castigo y éstos pronunciando arrepentimiento y perdón. Con sus estandartes caminaba la muerte y el exterminio; á la Cruz acompañaba siempre la vida, la paz y el amor. La fuerza de las armas sucumbió á la influencia de la Cruz; y extinguiendo las discordias de los hombres, estableció la caridad, el olvido y perdón de las ofensas.

La Cruz es el vínculo de la fraternidad, el asilo de la desgracia, el reino de nuestra defensa. Por

ella somos hermanos; en ella encontramos el alivio de nuestros males, el consuelo en la persecución; con ella encadenamos nuestras pasiones, y con ella sola triunfaremos de nuestros enemigos.

El amor que nuestros padres la profesaban, la esperanza que en ella depositaron, la fe que en su influencia tenían los impulsos á exaltarla sobre los alcázares y torres, sobre las avenidas de todos los pueblos.

El Padre fija la Cruz sobre la cuna y la frente de su Hijo, y el Hijo, con mano trémula y corazón dolido la graba sobre el sepulcro de su Padre.

Los corrientes deletéreas del siglo tienden á arrebatarnos ese signo de nuestras creencias y apartar de nuestra vista el símbolo de la redención, y se destruyen las cruces que señalan los términos municipales y se funden en el crisol de la avaricia los que, formadas de oro y preciosos metales, eran el adorno de nuestros templos. Poco importa; si carecemos de metales, pediremos á las flores sus tallos, á la mar sus conchas, á los bosques sus arbustos, con ellos las formaremos, y ante ellas nos postraremos, porque en una cruz de madera murió Nuestro Redentor. Y si aun se nos arrebatan las que formemos con materia de tan efímero valor, sepan sus enemigos que para privarnos de su vista fuera preciso destruir la naturaleza del hombre, que sólo abriendo los brazos se constituye en signo de su redención.

## QUINTIN EL OBRERO

La representación de esta hermosa obra dramática del capitán Campillo, que estaba anunciada para representarse el próximo pasado domingo en el Teatro Romea, tuvo que ser suspendida por encontrarse algo indispueta la señora Taquilla.

Sentimos tal suspensión, no sólo por los perjuicios que pudo ocasionar á los señores Campillo y Baleriola, si que también porque tan hermosa obra dramática no pudiera ser presenciada por los murcianos.

## CRONICA

### VULGARIDADES

No se me olvidará nunca.

A las nueve en punto de la mañana, entrábamos en la clase de Latín.

Me es imposible asegurar que nuestro profesor fuera digno émulo de Nebrija, pero si afirmo que tenía extraordinaria penetración.

Al tercer día de clase, ya conocía perfectamente nuestros gustos, debilidades y disposiciones.

¡Ah, si hubiera leído la epístola de Horacio, como leía en el corazón de sus alumnos!

«Periquito, declina vanitas vanitatis.»

¡Por qué me mortificaba todos los días obligándome á declinar ese nombre antipático!

Descubrió mis aficiones literarias; conoció que me sentía poeta (quinta esencia de la vanidad) y jamás pude conseguir que me preguntase MUSA MUSE, mi tema favorito.

Hoy admiro la agudeza de sus mandatos.

Si, amado lector, la vanidad es el coco que nos roe el alma á la mayoría de los mortales, y de singular manera á los que tenemos el vicio de escribir.

Subid al hombre más ignorante sobre el pedestal de la prensa y se creará que toca el cielo con las manos; sin tener presente que bastaría una cerilla para convertir en humo estatua y pedestal.

Callaría para siempre lo que voy á decir ahora, si ya no hubiera saboreado las dulzuras de la confesión.

Me hallaba en el café Oriental. En una mesa inmediata á la mía estaba un caballero leyendo nuestro periódico y veo, con gratisima sorpresa, que fija sus ojos en mis «Vulgaridades.»

Queriendo adivinar sus pensamientos, no aparté mi vista de su rostro y... ¡terrible desencanto!; apenas hubo leído tres palabras, hizo un gesto desagradable y dejó el periódico sobre el diván.

Pensé acercarme á él y decirle: ¡mal caballero, así no se trata á un hombre que ha estado sin dormir toda la noche por regocijarse á cuatro simples como usted! Lea hasta el fin ese articulo ó le estrello esta botella en la nuca!

Sali del café avergonzado y furioso, y no habia llegado á la redacción cuando siento en el cerebro un golpecito suave y oigo una voz gangosa y atiplada que me dice:

«¡Periquito, declina vanitas vanitatis!»

P.